

09.

Jorge Volpi, *Examen de mi padre.* *Diez lecciones de anatomía comparada,*

Madrid: Alfaguara, 2017, 296 p.

ISBN 978-842-043-142-0 (ebook).

*Leche negra del alba te bebemos de
noche
te bebemos de día y mediodía te bebemos
de tarde
bebemos y bebemos
Vive un hombre en la casa que juega con
serpientes
él escribe
escribe cuando cae la noche en Alemania
tu cabello
dorado Margarete
tu cabello cenizo Sulamit cavamos una
tumba entre
los aires allí se yace cómodo*

Paul Celan, Fuga de muerte

La lectura de este volumen de Jorge Volpi ha sido terapéutica, ya que en el recorrido por el duelo de su padre, he recorrido los duelos de los míos: mi padre desaparecido por la dictadura militar argentina en 1977 hace 40 años y mi madre que murió en un hospital hace 6 años. Y por ello me permitiré en este breve texto compartir las reflexiones surgidas a lo largo de la lectura y que sólo puedo comentar a través de mi propia experiencia.

No hay nada más íntimo que un desaparecido, que un muerto. En ese momento que no están, pasan a ser nuestros nada más. Sólo esa capacidad de nombrarlos los protege del silencio. Esa memoria a dúo que se acaba, sólo la podemos recuperar a través de la descripción, como amarre al mundo de los que se han ido.

Jorge Volpi, como un cirujano experto, sigue en este libro los cinco preceptos fundamentales de Ambrosio Paré: coloca los órganos en su posición normal, es decir organiza las palabras en el discurso; une lo



separado, el cuerpo con el lenguaje; separa lo unido, la memoria y el cuerpo; quita lo superfluo, en esa prosa limpia nítida que rasga la hoja como el escalpelo a la piel. Y, finalmente, trata de modificar lo que la naturaleza ha deformado: como la mutación de la muerte en una narrativa hacia su propia vida.

En la lección primera y a lo largo del libro, la figura del padre emerge de esa memoria que sutura con las frases y, como en el poema de Seamus Heaney, “Digging”¹, la pluma se transforma, en ese momento perdurable que imita el gesto ancestral de su padre, en el caso de Volpi, en el escalpelo que abre el cuerpo para arroparlo en la memoria, para aprehenderlo.

En esa cirugía amplia que es el libro, somos cómplices de miradas atentas; como en un anfiteatro, emprendemos el recorrido del duelo como lúcidos estudiantes de un tratado organizado en lecciones y, a la vez, como testigos de los más íntimos sentimientos que acompaña la propia disección de Volpi. En una prosa directa y precisa, que a momentos remite a Albert Camus en *El Extranjero*.

De la intimidad de la reflexión sobre su padre, sobre el cuerpo íntimo, pasamos al gran cuerpo social devastado por la barbarie, como prueban los cuerpos que aparecen en todas partes donde miramos, como en una gran peste medieval. Los cuerpos desollados, mutilados por los narcos; las desapariciones de los cuerpos en Ayotzinapa, o los calcinados “huesi-

tos”, diría Juan Gelman, de los niños de la guardería ABC, a quienes en un afán por unir en el lenguaje, por hacerlos aparecer con sus historias, Volpi nombra uno por uno, construyendo con su enumeración un vasto cuerpo al descubierto.

Y la palabra del escritor, en una narración incisiva, entreteje con su recuerdo los conocimientos científicos más precisos de ese cuerpo que se disecciona y, a la vez, con su lenguaje entrelaza el vacío de la

¹ “Between my finger and my thumb / The squat pen rests; snug as a gun. // Under my window, a clean rasping sound / When the spade sinks into gravelly ground: / My father, digging. I look down // Till his straining rump among the flowerbeds / Bends low, comes up twenty years away / Stooping in rhythm through potato drills / Where he was digging. // The coarse boot nestled on the lug, the shaft / Against the inside knee was levered firmly. / He rooted out tall tops, buried the bright edge deep / To scatter new potatoes that we picked, / Loving their cool hardness in our hands. // By God, the old man could handle a spade. / Just like his old man. // My grandfather cut more turf in a day / Than any other man on Toner’s bog. / Once I carried him milk in a bottle / Corked sloppily with paper. He straightened up / To drink it, then fell to right away / Nicking and slicing neatly, heaving sods / Over his shoulder, going down and down / For the good turf. Digging. // The cold smell of potato mould, the squelch and slap / Of soggy peat, the curt cuts of an edge / Through living roots awaken in my head. / But I’ve no spade to follow men like them. // Between my finger and my thumb / The squat pen rests. / I’ll dig with it.”



muerte con la presencia del vocablo. Son estos esfuerzos de decir que describen los territorios llenos de muerte, los que me rememoran a esos cuerpos hacinados de los campos de concentración nazi, o esos grandes cadáveres de aire en el vacío de la ESMA;² esas historias que apenas se esbozan en las notas dejadas por aquellos que iban a ser asesinados, proyectadas en el piso, debajo de la tierra, en esos ataúdes vacíos, que nos muestran en el *Memorial del holocausto* realizado por Peter Eisenman y Buro Happold en Berlín.

El libro de Volpi, en un ejemplo paradigmático de la relación entre el cerebro y el corazón, entre la ciencia y el lenguaje literario, a través de un orden instaurado por el cuerpo, nos invita a ser parte de este “cortar a pedazos”, *dissecare*, de “dividir en partes [...] el cadáver para el examen de su estructura normal o de las alteraciones orgánicas”.³ Es a través del cuerpo expuesto, tanto en la prosa como en las ilustraciones, que el libro permite, con la metáfora tan medieval de la sociedad como un cuerpo, ir de lo íntimo a lo social, de la descripción científica a la epifanía narrativa.

En la segunda lección Jorge Volpi aborda el cerebro, órgano esencial de las ideas; tras la discusión científica sobre la producción de los recuerdos, donde se explicita que “nada diferencia, en nuestra mente, una imagen real de una invención” y donde se suscita la discusión entre memoria y olvido para señalar que “nada resulta tan conveniente para los poderosos como el

olvido”. El escritor añade más adelante: “la única forma de lograr que el poder creador de la escritura” haga que “nuestro cerebro se identifique con quien ha sufrido es poniéndose en su lugar”. Ello sólo puede alcanzarse mediante un relato de su experiencia. Y, más aún, nos confirma el escritor el poder creador de la escritura, como Primo Levi lo hace en su propia obra; Jorge Volpi afirma: “Si yo escribo estas líneas es para mantener a mi padre conmigo”.

En el tercer capítulo, Volpi nos habla de la mano del poder –una de sus propias fascinaciones– y reflexiona sobre la obsesión de las manos en Leonardo Da Vinci y Vesalio: la mano que habla en el lenguaje de los sordos, la mano que crea y destruye, la “mano dura”, metáfora del poder que se impone con violencia. Una mano que ha perdurado a lo largo de los años a través de los diferentes regímenes. El escritor arriba a una reflexión sobre los rasgos del actual gobierno, donde señala que los desaparecidos de Iguala hacen evidente que “la corrupción, la impunidad y la inequidad se mantienen vivas en México”. En un país donde hoy, afirma Volpi, “la solidaridad y

² *La Escuela Superior Mecánica de la Armada fue un centro de clandestino de detención, tortura y exterminio, en el que fueron desaparecidas alrededor de cinco mil personas.*

³ Diccionario de la Real Academia Española, s.v., *disecar*.



la persecución de la equidad” se han borrado de la “acción política y la discusión pública”.

En “El corazón o de las pasiones”, el cuarto capítulo, el autor recuerda que su padre tenía un gran corazón, tanto físico –al que le dedica numerosas hojas– como amoroso. El corazón, el lugar de todas las pasiones, como demostraran los trovadores medievales, los creadores del amor cortés, quienes tornan sus poemas en una obsesiva reflexión sobre la cuita o la pasión. Este torbellino de sentimientos se debe, nos dice Volpi, a las neuronas espejos que nos permiten ponernos en el lugar del otro: “Frente a esta demencia del corazón no queda sino confiar en el poder de la mente”.

La búsqueda de esa poderosa estabilidad que dota a los amantes de la persistencia de su amor en el tiempo a través de “un amor entre el corazón y el cerebro” o, podríamos decir, “entre las ciencias y las palabras”. Y en esta zona del recuerdo, de atravesar el corazón, Volpi nos recuerda “que el corazón está a la izquierda” y la necesidad de que la sociedad sea solidaria, de estar con el otro.

En “De los ojos la vigilancia”, la quinta lección, se describe a estos extraños órganos viscosos como el artefacto más poderoso del cual Jorge Volpi asegura que “nada nos une tanto a la realidad como los ojos”. Una mirada que no es inocente, que conoce los colores que pueden signar a una sociedad, que busca la replicación

por todos los medios. Los ojos que vigilan con obsesión, ya no como el *Big Brother* de George Orwell, sino con una mirada casi “voyeurista” que se regocija en nuestros secretos como el *Big Brother Reality Show*. Los ojos que ven un México que se abate o las clásicas películas de Hollywood. Los ojos que no a todos permiten ver el dolor de los demás, sin imágenes intermediarias, directo, con compasión humana, como el padre de Volpi.

La disección parece detenerse en un tempo especial cuando se llega al capítulo titulado “El oído, o De la armonía”, que comienza con el *lied* de Schubert dedicado a la música. En este apartado el autor devela su propia pasión por la música, cuya presencia es constante en su propia obra, y así comenta: “*En busca de Klingsor* sigue el esquema del Parsifal de Wagner; el *Fin de la locura* [es un intento por describir un director de orquesta] hasta *La tejedora de sombras* que sigue explícitamente el patrón de la forma de la sonata”. Es en el oído mismo donde surge su *ars poetica* y comenta de forma contundente: “El poder de la música es incuestionable”. Y de allí nos sumergimos a una interesante lección sobre la música y su interpretación a través del oído y su proceso en el cerebro. Volpi nos recuerda “que la memoria musical permanece ligada a las emociones que se suscitaron en nosotros”; además sugiere que “la música despierta emociones semejantes a las producidas por el lenguaje”. La música es entonces el poder creador y la mayor herencia de su padre.



“Los genitales o del secreto”, la séptima lección que comienza con un provocativo epígrafe de Catulo del Carmen XVI, nos habla del sexo en la sociedad mexicana, donde se señala la doble moral, asociada a la culpa que impone sobre éste la religión católica, que muchas veces es una férrea enemiga de las leyes más benéficas para la sociedad, y que el escritor finalmente abandona para definirse como un “ateo militante”. En el deslizamiento del bisturí, se abre el cuerpo social y nos deja ver esa degradación impúdica y obscena que fue la figura de Marcial Maciel de quien el escritor afirma que “no deja lugar a duda de su maldad”.

En su lección ocho, “La piel o De los otros”, la pista será el poema de Maya Angelou sobre la discusión de la piel, el órgano más extenso, y su color, que ha sido la causa de la discriminación. El orden según el color de la piel, en su más alambicado esquema, lo podemos observar en la sociedad colonial, como muestra la pintura de castas expuesta en el volumen, que inventó sistemas complejos para su análisis y creó una taxonomía imaginaria: lobo, salta p’atrás, coyote. Un órgano erógeno, como señala Volpi: “Nada resulta más erótico que ese vasto tejido que nos cubre, necesitamos tocarlo, besarlo, lamerlo, penetrarlo, convencidos de que la imposible unión de dos cuerpos solo puede alcanzarse en ese desbocado entrelazamiento”. Más adelante, los cuerpos deformes son abordados desde los *mirabilia*, las maravillas, tan medievales, esos prodigios y monstruos que se producen, según Paré, por causas tan

distantes como “la gloria de dios” o “los demonios y los diablos”. Esa delgada piel que transforma, sí, pero que no permite la complacencia y que se abrasa en el horror del incendio de una guardería.

En “Las piernas o De los caminantes”, la novena lección, se aborda el movimiento, la movilidad, las fronteras y los límites. Las piernas detonadoras de los viajes, los miembros que en la juventud del padre de Jorge Volpi lo llevaron a ser un gran atleta y bailarín para quedar, al final de la vida, entumecidas en un dolor constante. Por el contrario, Volpi nos señala que de su quietud primera arriba en su vida a un casi “perpetuum mobile”. La movilidad de la Ciudad de México que de ser caminada fue transformándose, como lo vio nuestra generación, en una “ciudad de máquinas” detenidas en grandes embotellamientos y que llevan al autor a la referencia cortazariana de *La autopista del sur*. Y de allí vamos a la velocidad de los traslados de información, tan veloz como ficticia, cuya dependencia nos asemeja a los exitosos zombies. Las piernas que permiten al hombre una locomoción distinta entre los mamíferos y, señala, “Los humanos somos caminantes por excelencia”. Por ello, afirma Jorge Volpi casi profético, “no bastarán fronteras, ni muros”, como los propuestos por “politicastros” como Donald Trump. Ese miedo incontestable a los otros, a los extranjeros, que aun hoy en día “se mantiene no sólo en el discurso de políticos xenófobos, sino en las instituciones y los discursos de nuestras democracias liberales”. Y aparece la



pregunta que resuena como un sonsonete: “¿No hemos aprendido nada?”. Los resultados recientes de las elecciones de Estados Unidos nos llevarán a la negativa, pero Volpi se rebela a través de la palabra que delata y denosta las acciones. México atravesado por la bestia que ruga en sus entrañas es en toda su extensión un “país fronterizo”. Volpi torna a su padre una mirada compasiva y afirma: “Tal vez mi padre nunca fue un hombre sedentario [...] sino alguien que siempre estuvo consciente de sus límites”.

El libro cierra con la lección diez, “El hígado o De la melancolía”, que a su vez inicia con una de las odas de John Keats, un poeta que fue cirujano. Jorge Volpi nos remite del dolor de la enfermedad hacia la teoría de los humores, de acuerdo con la cual descubre que sus rasgos son melancólicos a través de sus preferencias en cine o poesía, entre las que puedo destacar *Nostalgia* de Tarkovski y *El libro del desasosiego* de Pessoa. Sin embargo, la melancolía emerge en sus propias novelas como *Sobre Jorge Cuesta* o “*El temperamento melancólico*”. Melancolía que le deja “la conciencia de la muerte que me acompaña como si un pequeño demonio o acaso un ángel no cesara de susurrarme al oído la inminente cercanía del final”. Melancolía que lo lleva a la reflexión del sentido del arte, de la creación literaria y de la vida.

De nuevo nos sumergimos en la anatomía y se cuestiona sobre el carácter. Aquí se revela esa necesidad de saber “lo que en verdad somos” y se afirma que tanto el

nacionalismo como la psicología tienen un objetivo común: “Sumergirse en las profundidades para encontrar una joya enterrada que nos reintegre nuestra ciencia”. En el caso del nacionalismo, este rasgo trae como consecuencia las guerras más sangrientas.

Más adelante, en este *continuum* o flujo de conciencia, llega al “México de estos años de pólvora” donde, “al contabilizar las muertes y desapariciones”, prosigue, “muchos se preguntan si acaso somos más violentos o más salvajes que otros pueblos”. Más adelante contesta que a los mexicanos “nada en nuestra precaria identidad nos conduce hacia la tortura o las desapariciones forzadas, pero las condiciones sociales y políticas que hemos creado sí”. Y propone la necesidad de una anatomía del país, una autopsia que permita conocer el destino de los desaparecidos, tanto en Ayotzinapa como en el territorio de los cien mil asesinados, que permita saber por qué más de noventa mil personas han sido asesinadas por el narco. Y afirma que parece haber “un feroz decreto, semejante al impuesto por Creón de Tebas, [que] nos impide cumplir el rito que nos torna de verdad humanos: el derecho a sepultar a nuestros muertos”.

Examen de mi padre es un libro revelador, intenso, erudito, preciso como una disección, que Volpi logra como buen cirujano con su escalpelo verbal: coloca los órganos en posición normal, separa lo unido, une lo separado, quita lo superfluo y transforma lo que la naturaleza ha modificado. Un



libro donde la palabra es el conjuro frente a la muerte y la barbarie. Y donde, como dice Primo Levi y nos lo demuestra Jorge Volpi, queda claro que un escritor no “vive y cuenta, sino vive para contar” ■

Mariana Masera
Universidad Nacional
Autónoma de México

